

José Carlos Ballón Vargas (editor y coordinador),

La complicada historia del pensamiento filosófico peruano siglos XVII y XVIII. (Selección de textos, notas y estudios)

Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos / Universidad Científica del Sur, 2011

Horacio Cerutti-Guldberg

Aunque se presenta como una reseña, las breves líneas que siguen no lo son en sentido estricto. Las casi 1.500 páginas de este volumen requieren mucho más tiempo para ser leídas en detalle, requisito previo ineludible de cualquier reseña. Así, he leído como me dio la gana, aunque disfrutando cada palabra, cada una de las bien elaboradas frases, de la cuidadosa y fundamentada argumentación.

Primero —por razones obvias relacionadas con mi obsesión, espero que no insana, sobre las utopías, además del aprecio por el autor—, devoré el trabajo de Alan Pisconte Quispe, «El tópico providencialista en la construcción de discursos sobre identidad y nación *El paraíso en el nuevo mundo* [1650]» (tomo II, pp. 491-546), quien examina el que considera «emblemático» caso del jurista Antonio de León Pinelo (1590-1660) con su texto de siempre renovada referencia.

Si tuviera que sintetizar este esfuerzo, sin hacerle justicia, por supuesto, cabría retomar unas líneas que me permito reproducir, solo para invitar, de nueva cuenta, a una lectura fecunda.

La perplejidad del historiador anglosajón L. Hanke ante el hecho de que la *Historia* de Las Casas se detiene a examinar temas «bizantinos», como el origen del río Nilo o que el lugar del paraíso sea el Nuevo Mundo, surge de no comprender el modo peculiar de reconstrucción de un sistema cosmológico, donde el *locus* providencialista cumple la función de justificar el establecimiento de la dominación imperial (Ballón 2011: 498).

Después de tomarme esta licencia (comenzar a leer por donde se me dio la gana del segundo tomo...), regresé cabizbajo a comenzar por el principio, como se debe. Me sentía culpable de haber transgredido las reglas de lectura de semejante esfuerzo colectivo. Aunque me agobiaba la interrogante mental: ¿a qué hora encontraré el tiempo para leer todo esto? Y si antes me había quedado boquiabierto, ahora me quedé más, cuando comencé a avanzar línea a línea por el imperdible estudio introductorio

de José Carlos Ballón (Ballón 2011: 13-137). Por cierto, me tranquilicé por mi indisciplinado (des)orden de lectura, cuando llegué a las siguientes afirmaciones:

La división en debates y tópicos permite organizar los textos y autores en torno a cuatro áreas de la filosofía —filosofía natural, filosofía del lenguaje, filosofía moral y filosofía política— y no la tradicional ordenación cronológica lineal (Ballón 2011: 130).

Aquí ya comencé a respirar, pero había más y muy valioso después del punto y seguido:

Además de una estética dialéctica placentera a la lectura, tal ordenamiento posee un interés práctico. No todos los iniciados en la filosofía se encuentran igualmente interesados en todas sus áreas. La creciente especialización del conocimiento —para bien o para mal— reduce cada vez más la población de especialistas en generalidades, incluyendo a los propios filósofos. La estructuración de este libro en áreas temáticas debatidas permite que muchas personas interesadas solo en algunas áreas de la filosofía no tengan que leer el libro en su integridad o someterse a una lectura lineal obligatoria, que dada su extensión puede volverse tediosa. Entonces, es factible abordar esta lectura en todo o solo en parte y en el orden que cada lector crea conveniente e interesante. Así evitaremos que el libro se caiga de nuestras manos y, de paso, la permanente tentación profesional de apresurar generalizaciones simplistas sobre los horizontes de sentido de procesos histórico-culturales de larga duración e inmensa complejidad (Ballón 2011: 130-131).

Con esto la tranquilidad se desvaneció, porque la única manera de *desburrarse* es leerlo todo, con el cuidado y la atención que exige y, además, propiciar espacios de debate en serio, así como participar en la red. Por suerte, en México contamos con el inagotable trabajo elaborado durante años por la doctora María del Carmen Rovira Gaspar y el creativo grupo de trabajo que ha ido forjando.

Pero hubo más aspectos significativos desde las dedicatorias de estos volúmenes. Reaparecían apreciados colegas como Walter Redmond y Ángel Muñoz García con su tenaz esfuerzo por acceder a las fuentes de un modo contextualizado y pertinente. O la figura impulsora incansable de Richard Morse (1922-2001), con quien compartiéramos tan gratos momentos de reflexión y debate (remito a mi comentario «La dialéctica del Nuevo Mundo vista en *El espejo de Próspero*» en mis *Lecturas críticas* (1996: 90-93).

En fin, quien lee queda atrapado por el estilo y la sutileza de la argumentación, por la mostración de que no hay Historia de las Ideas (siempre filosóficas) en serio sin correlaciones con la Filosofía y la Historia de las

ciencias y con la Filosofía del lenguaje. *Suponer, sospechar, intuir, atribuir, parecer* se vuelven términos cuya casi desesperada reiteración testimonia la complejidad de lo que se investiga. No es viable pretender siquiera mencionar aquí todos los tópicos relevantes a tomar en cuenta y, mucho menos, lo aportado en relación con cada uno. Solo consigno algunos tópicos inevitables.

Las relaciones convergentes entre neoplatonismo, segunda escolástica y utopismo. La recurrencia del organicismo con su metáfora del cuerpo, sus diversas variantes y su presunta sustentación de la idea de nación-pueblo. La mística con sus correlatos árabes y semitas (cábala). La casuística derivada del probabilismo. La violencia (solo para recordar lo reciente, más de 70 mil muertos «durante las dos décadas finales del siglo XX» en el Perú) y su persistencia. Como dice José Carlos:

Ello me convenció de la necesidad de investigar la genealogía de las expresiones simbólicas más persistentes en nuestra historia acontecida —tanto letrada como cotidiana— para tratar de desentrañar las correspondencias existentes entre nuestros «juegos de lenguajes» y las «formas de vida» de nuestra comunidad (Ballón 2011: 85).

Lo cual no pudo menos que reconducirme a la cuestión teológica y su modo pertinente de enfocarla.

Más aún, la «frontera» entre filosofía y teología es doblemente difícil de establecer en esta época de transición y en el contexto de una comunidad culturalmente heterogénea, donde la posibilidad de un consenso simbólico es un terreno de disputas hegemónicas, cuando no una *terra incognita*. Numerosas veces la propia impugnación de la teología por parte de la filosofía moderna suponía ella misma criterios de orden teológico y, a la inversa, muchas críticas de la segunda escolástica a la filosofía moderna se basaban en ciertos argumentos científicos modernos desconocidos para la tradición teológica medieval (Ballón 2011: 49-50).

La filosofía queda, así, reivindicada —por si ello fuera necesario— junto a sus complejas relaciones con la teología. La tarea sigue pendiente esperando esfuerzos convergentes y la lectura detallada y acuciosa no nos la podemos ahorrar. Todo ello, porque:

Lo importante de una investigación filosófica reside en si logra abrir y no tanto clausurar las compuertas dialógicas de una comunidad. No es función de la filosofía convencer o refutar al interlocutor sobre alguna teoría o doctrina particular, sino invitarlo a reflexionar sobre la complejidad de los problemas y evitar, en todo caso, la ilusión de las soluciones sencillas o definitivas (Ballón 2011: 137).